

ENRIQUE G. NAJERA

He aquí una breve semblanza de mi gran amigo Enrique G. Nájera, compañero en la Escuela de Agricultura de San Jacinto y en la primera Comisión Local Agraria, fundada en Sonora en 1916.

Nájera fue revolucionario de manera muy peculiar. Era enemigo de cómicos y de los rebaños. Con frecuencia se encontraba solo ante la incomprendión de sus semejantes. Hubiera deseado vivir en un medio más civilizado, sin compromisos con nadie, pero entendiéndose con todo el mundo. Era enemigo del alcohol y de la ociosidad. Cultivó su cuerpo y su cerebro asiduamente. Nunca dejó de estudiar. Le interesaban los problemas sociales y económicos. Era un andarín incansable. Alguna vez se retrasó mucho el tren que iba a salir de Manzanillo a Guadalajara y se molestó tanto que se fue a pie desde el puerto del Pacífico hasta la perla tapatía.

Cuando el señor licenciado Emilio Portes Gil se refiere en sus escritos al gremio agronómico, con frecuencia hace alusión al “cabezón Nájera”; pero nunca ha dicho quién fue aquel cabezón. Yo lo voy a decir.

En 1908 entramos en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria. De cada Estado de la República veníamos cuando menos cuatro alumnos nuevos. Aunque se nos había prevenido que la edad mínima de admisión era de dieciséis años, se nos colaron algunos que sólo llegaban a quince y quizás uno que otro de catorce apenas cumplidos. Así se explica por qué formaron desde los primeros días algunos muchachos de pantalón corto. Citaremos entre ellos a Miguel R. Ceceña, el “little” José Figueroa, Paco Salazar y Enrique Nájera.

Desde que se abrieron las clases comenzó a llamar la atención Enrique Nájera, porque era feo y bastante parecido a don Benito Juárez, parlanchín, inteligente y alegador, y por que tenía su cabeza un poco desproporcionada en relación con el cuerpo. No fue difícil

encontrarle apodo: *el cabezón* Nájera, algunos años después, ya de profesional, Luis León lo definió así: “un hombre que tiene tres pesos de cabeza y dos reales de cuerpo”.

Entrado el año escolar, nos dimos cuenta de que Enrique Nájera tenía talento. Sobresalía en sus clases y los profesores le guardaban consideraciones. Estudiaba mucho. Tenía sentido de responsabilidad. Sabía que su beca, otorgada por el gobierno de Durango, se la había ganado en buena lid, entre muchos estudiantes aprovechados que tenían grandes deseos de venir a la capital. Sabía siempre sus lecciones y a la hora del recreo tenían que cuidarse de él. Ameno conversador, en la primera oportunidad provocaba una discusión. Para iniciarla tenía un tema escogido de antemano, entre los asuntos tratados en clase, o sobre la vida en la escuela, o acerca de la política nacional. Buscaba sus “pichones” para ponerles “toritos”. Era vehemente en la réplica y con frecuencia se acaloraba, pues tomaba muy a pecho no perder nunca en las controversias.

*
* *

Se dio a conocer en la sociedad de alumnos de la escuela, porque, como sabía mucha Historia, con frecuencia citaba episodios nacionales o de algún país europeo, o frases célebres de escritores y pensadores de aquí y de allá. Tenía una memoria extraordinaria y gustaba de recitar páginas enteras de los libros que caían en sus manos, para asombrar a sus interlocutores. Pronunciaba discursos candentes, con ideas propias y originales, y nunca cedía ante el adversario, por fuerte que pareciera. Cuando se le metía en la cabeza una opinión, por nada del mundo la cambiaba. Era intransigente y honrado en sus dictámenes. Nunca rehuía la pelea verbal. Como creía siempre que tenía la razón, a menudo se le encontraba combatiendo contra todos los compañeros de la escuela. Si la mayoría se mostraba contraria a un profesor, él lo apoyaba con decisión y lo defendía calurosamente. Otras veces estaba en favor de algún maestro o del prefecto superior, cuando todo el alumnado andaba pidiendo su remoción. Así defendió a un director de la escuela, a quien repudiaba la gran mayoría de estudiantes de Agricultura, y, naturalmente, perdió la partida.

Pero en sus estudios seguía siendo uno de los mejores alumnos. Era una potencia en matemáticas. Estudió con ahínco hidráulica

y topografía. Fuerte en geología, en lógica y en tecnología, fue también un apasionado de la economía política. Se empeñó mucho en los estudios de química orgánica, agronomía y fitotecnia. Estaba en el último año de su carrera cuando la escuela fue cerrada, al entrar en México el constitucionalismo. Unido a un grupo de compañeros, capitaneados por Briceño Ortega, colaboró en la fundación del Ateneo Ceres, donde los viejos maestros les siguieron dando clase, para que completaran sus estudios. Así pudo recibirse de ingeniero agrónomo e hidráulico.

Enrique Nájera, ya ingeniero, siguió siendo un tipo pintoresco. No dejaba de discutir. Se fue a Veracruz para colaborar con el ingeniero Pastor Rouaix en la Secretaría de Agricultura y Fomento. Era a fines de 1914 y México se encontraba encendido por la Revolución. Aunque *el cabezón* presumía de ser conterráneo de Pancho Villa, entraba a colaborar en las filas del Primer Jefe Carranza. Villa y Nájera habían nacido en San Juan del Río, pueblecillo de escasa importancia del Estado de Durango.

*
* *

A principios de 1916, Nájera formó parte de un grupo de agrónomos —entre veinte y treinta— que fueron a Sonora a formar parte de la primera Comisión Local Agraria que funcionó allá. Lo comisionó para que seleccionara a los compañeros que integraron aquel grupo y cumplió su cometido con celo y eficacia. En Sonora, Nájera se dio a conocer desde luego y le tuvieron gran estimación Adolfo de la Huerta y el general Calles. Durante el viaje y en los primeros meses de permanencia en Sonora, *el cabezón* llevaba como libros de cabecera *Los Girondinos* de Lamartine, y *El tumulto* de George D'Esparbés. Se pasaba los días hablándonos de la Revolución francesa, de los grandes oradores como Mirabeau, Vergniaud y Barnave, de las heroicas medias brigadas y de los mariscales de Napoleón. Citaba actitudes y discursos de Robespierre y de Dantón y hacia el panegírico de los Derechos del Hombre.

Estaba en vigencia en Sonora el decreto número uno del gobernador Calles, que prohibía terminantemente la fabricación, tráfico y consumo de bebidas embriagantes. Una noche invitamos a cenar al propio general y nos atrevimos a llevar dos barriles de cerveza, para animar el agasajo. El gobernador nos perdonó el desacato y a la

hora de los brindis *el cabezón* Nájera, a quien acababan de informar que la banda del Estado no tocaba La Marselesa, lo increpó de esta manera:

—Parece increíble que una banda de música de la Revolución, no sepa el himno de la libertad. Pido a usted que en estos momentos ordene al director que aprendan La Marselesa.

El general Calles atendió sonriendo la petición y ordenó lo que *el cabezón* pedía airadamente.

*
* * *

Durante muchos años Nájera trabajó como ingeniero de la Comisión Nacional Agraria y estuvo al frente de delegaciones en varias entidades. Su labor fue muy conocida y apreciada por sus jefes y su expediente en el Departamento Agrario es limpio y meritorio. Pasó una larga temporada en Michoacán: fue profesor en la Universidad de Morelia y trabajó por la agricultura en el valle de Zamora. En Morelia hizo amistad con el general Lázaro Cárdenas y en Zamora fue muy amigo del general Manuel Ávila Camacho. Sin embargo, ni cuando estos dos generales llegaron a la Presidencia de la República, Nájera llegó a ocupar una posición destacada en el gobierno. El cargo más importante que desempeñó fue el de subgerente del Banco Ejidal.

El ingeniero Nájera, después de una larga estancia en Nayarit, lanzó dos iniciativas cuya realización se produjo seis u ocho años después: la primera, que se intensificara la producción de maíz en la hacienda de Navarrete, que debería fraccionarse y colonizarse, asegurando que con ello Nayarit llegaría a ser el primer Estado maicero de la República; y la segunda, que se promoviera el estudio intensivo del cultivo del maíz, tendiendo a mejorar las semillas y aumentar la producción por hectárea, para lo cual tendría que fundarse una Comisión Nacional del Maíz. Los dos proyectos se realizaron; pero nadie recordó al precursor Nájera.

De seguro que eso nunca preocupó al *cabezón*, que vivió como un soñador y jamás tuvo buen concepto del dinero.